



Foto de Rodrigo Torres B.

ENTREVISTA A JORGE TORRES

“SOMOS LO QUE HABLAMOS.
HABLAMOS LO QUE SOMOS”

Oscar Galindo

Jorge Torres Ulloa (Valdivia, 1948) es uno de esos poetas necesarios. Lejos de toda moda literaria, su trabajo silencioso ha establecido un lenguaje de un rigor poco acostumbrado. Ha vivido y realizado su trabajo literario en Valdivia y es, ciertamente, uno de los referentes obligados de la poesía chilena reciente.

Creador múltiple y multidisciplinario, ha desarrollado y cultivado, junto a la poesía, la actuación, la dirección teatral, la edición de textos y la canción popular.

J.T. Bueno, tú ya sabes de mi gran interés por el teatro. Desde muchacho estuve vinculado a grupos y pequeñas empresas teatrales, lo que me llevó prontamente a la lectura del género dramático. Leer textos dramáticos fue para mí siempre motivo de gran placer. Y, claro, la inmensa producción del teatro clásico en nuestra lengua (y en otras), está escrita en verso, comenzó así a revelármeme toda esa maravilla de poesía que había en esos textos, incluidos todos los recursos literarios de la poesía. Así es que, Cervantes, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Lope de Vega, Juan Ruiz de Alarcón, entre otros, fueron asiduos visitantes de mis lecturas; los que a su vez me llevaron a Góngora, a Quevedo... y es curioso porque mi acercamiento posterior fue siempre relacionado por el género. Así, más tarde leí gran parte del teatro isabelino: Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson... y siempre por ese mismo transitar conocí a Wilde, García Lorca, etc...

Claro, después viene el interés exclusivo por la lírica y lecturas más aplicadas e intensas de toda la poesía chilena y contemporánea a mi alcance.

O.G. Y en tanto actividad ¿qué significado atribuyes a la lectura?

J.T. La lectura para mí ha implicado siempre un ejercicio de complicidad. Cuando se está en el secreto de la lectura, y si ésta es interesada y profunda, nunca se está más solo que entonces. Es un conversar con uno mismo y con "el otro" que te acompaña en sus disquisiciones. El otro, que no es sino "el otro que siempre va conmigo", en el decir de Machado. La lectura para mí es un proceso de identificación y descubrimiento, un silencioso y misterioso diálogo de profunda soledad, las palabras sólo tienen el sordo eco del pensamiento que deduce, colige, asocia, relaciona y te coloca frente a frente a tu propia experiencia, a la propia realidad, a tu propia cotidianidad.... Quisiera aspirar, como el viejo y sabio Borges, a preciarme más de los libros que he leído que de los que

he escrito, que no ha sido mucho dicho sea de paso. Pareciera ser cierto aquello de que escribir y leer no son sino ejercicios para recordar.

O.G. Veamos ahora tus primeras publicaciones, tu acercamiento a este, así llamado, oficio literario y, sobre todo, cómo valoras hoy día tus primeras apariciones en la escena.

J.T. Mi primera obra fue de un poeta "joven" y "tardío". No te olvides que yo debí publicar en las postrimerías de los años sesenta. Para ese entonces mi generación se aprontaba a hacer "la revolución", que no fue. Bueno, se ha dicho que un poeta joven está condenado a renegar su pasado.... Pero no, no es así. Hoy veo a mis pequeños y artesanales libros como la inscripción dentro de una tradición escritural. En lo inmediato, "parrianos", por cierto, "teillieranos", también, pero con grandes deseos de romper con esos lenguajes que ya intuía como demasiado manidos. El uno por su tendencia al facilismo al hacer prevalecer el ingenio, la coloquialidad y el chiste por sobre la poesía como una operación del lenguaje; y el otro por dar carta blanca a una nostalgia pegajosa ambientada en una realidad improbable, arcádica. En el medio de esas tendencias estaba Lihn, con una propuesta que era suya y nada más. Poeta versátil: teatrista, dibujante, teórico lúcido y "dueño" de una especial manera de estar fuera del juego de la farándula literaria, estando en ella.

Otros poetas fueron también valorados en mis lecturas: Gonzalo Rojas, Anguita, Arteche, Barquero, Uribe Arce... la verdad es que yo le debo a cada santo una vela. No debe haber ningún poeta del que yo no haya aprendido algo. Solemos hablar siempre de los más señeros, pero en verdad hay poetas en Chile de una variedad y una riqueza admirables.

O.G. Y ¿cuál fue tu relación con los poetas de la generación inmediatamente precedente?. Estoy pensando básicamente en el

grupo Trilce que por los sesenta habitaba Valdivia, pero también en otros escritores o grupos que en esa década comenzaban a desarrollar un trabajo.

J.T. Por las circunstancias históricas que me tocó vivir, creo no haberme relacionado mucho con mis "contemporáneos", pero sí con la promoción anterior a la mía. Los del grupo **Trilce** en Valdivia (Omar Lara, Walter Höepler, Enrique Valdés), aunque fue más un contacto humano que literario. También con los poetas del **Arúspice** de Concepción: Gonzalo Millán, Jaime Quezada. Este último desarrolló una interesante tarea de vínculo y difusión entre los poetas que vivimos el llamado *exilio interno*. Durante los últimos años, recién nos hemos ido conociendo los poetas posteriores y leyendo nuestra producción. La dictadura produjo un inevitable distanciamiento.

O.G. Y cómo ves la situación de la poesía en la actualidad. En particular aquella promoción de escritores que irrumpe en los últimos años en el sur, de la que formas parte.

J.T. Esta variedad y vitalidad que se empieza a mostrar en estos últimos años, se da con más fuerza en la provincia como consecuencia de que los ojos de la megápolis no alcanzan a ver más allá de sus narices. Pongo el caso de esta región y los resultados están a la vista: Clemente Riedemann, Mario Contreras Vega, Carlos Alberto Trujillo, Rosabetty Muñoz, Elicura Chihuailaf, Sergio Mansilla, en fin, por darte algunos nombres, son poetas y escritores notables, cada cual en lo suyo, con obras escritas y publicadas y en algunos casos han tenido notoriedad y reconocimiento de la institucionalidad literaria chilena.

O.G. Aunque el tema puede resultar un poco desgastado, el hecho de escribir en una ciudad relativamente lejana de todo centro, coloca en el creador, tal vez, exigencias distintas y como fenómeno ha abierto nuevas problemáticas de reflexión dado el

desarrollo que la literatura ha tenido en ciertas regiones del país.

J.T. ¿Qué significado tiene escribir en la provincia?, parece ser una pregunta inevitable y casi un lugar común. Creo que da lo mismo desde donde uno escriba, si lo que se ha de hacer tiene calidad. Hemos aprendido a hacernos nuestro propio espacio anteponiendo criterios de calidad. Ahora estamos buscando que nuestra obra sea "revisada" por una crítica que no sea superficial ni subjetiva y que hoy día vemos más sujeta a los manejos del "poder" literario y las relaciones sociales. Estamos tratando de ampliar el polo de difusión y crítica de nuestra obra, pues sabemos que hay un capital importante y que va siendo hora de dar cuenta de él.

O.G. Profundicemos un poco más en este problema. ¿Cómo ves la situación de la crítica? ¿Cuáles son, por otra parte, en tu opinión, las relaciones que se establecen entre producción literaria y reflexión crítica?

J.T. Hemos entendido que la crítica es una tarea que nadie hará por nosotros sino nosotros mismos. Si no habría que revisar la historia generacional de la literatura de este siglo, al menos. Por ejemplo, la generación del 27 en España. Se corrigieron, se criticaron y debatieron sus propias contradicciones.

O.G. Pienso, al igual que tú, que la promoción que has estado comentando se consolida progresivamente. De modo independiente de la aceptación y reconocimiento, se trata de un grupo de escritores que han sentado las bases de una literatura de calidad. Cómo ves ahora la situación de los escritores más emergentes, de una hipotética generación de relevo, porque al menos en cantidad el fenómeno es interesante.

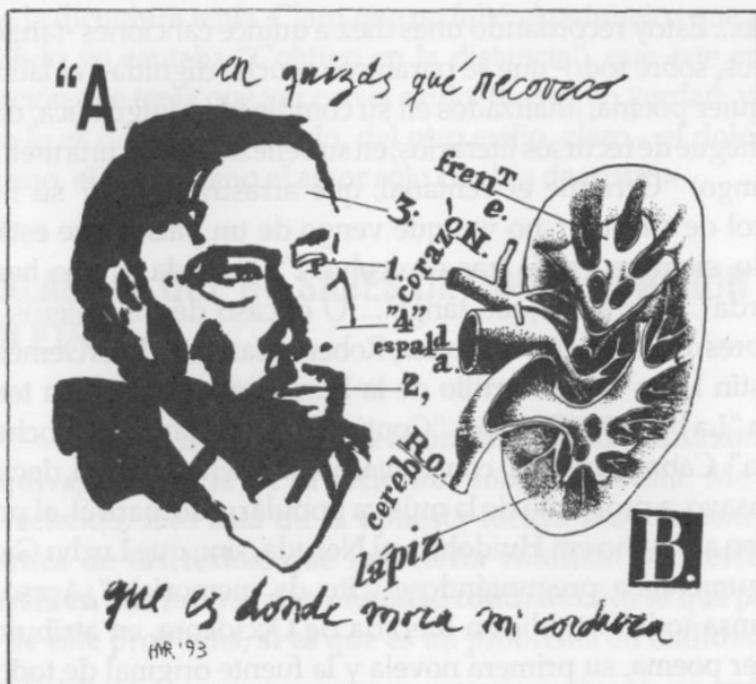
J.T. Pienso que hay conciencia que, generacionalmente, existe una apreciable cantidad de escritores jóvenes que andan tras su cauce. Se les ve preocupados por hacerse de una cultura literaria,

perfilándose. Todo esto en un plano de colaboración recíproca, guardando y respetando las diferencias, teniendo en cuenta que junto a este trabajo -que no es grupal ni colectivo en lo institucional- existe la posibilidad de caer en las prácticas del gettho. Por ello nos guardamos de ejercer paternalismos o padrinazgos de ninguna especie. Este es un fenómeno nuevo en el proceso de la literatura chilena, inédito. El "provincianismo", evidentemente, es una actitud mental más que geográfica. Megápolis y centralismo son herencia de la organización administrativa de nuestros países, con la que se ha caricaturizado a los que vivimos "alejados del centro" y, al revés, se ha sobrevalorado el "centro" como espacio pontificador y sacralizador. El hecho de prescindir del centro debe ser un síntoma de modernidad dirán otros. Algunos lo percibirán como consecuencia del "progreso cultural y fruto del crecimiento económico"; lo cierto es que para mí ha sido un síntoma de hastío y cansancio percibir esta suerte de poder romano que se presiente en ese "centro" y cómo otorga, con arbitrariedad, desde el privilegio que todos le hemos otorgado, los dones de ese poder.

EL DOLOR COMO EL AMOR SOLO CAMBIA DE ROSTRO

O.G. Volvamos ahora a tu condición de artista multidisciplinario, para llamarlo de alguna manera, ahora que los hibridajes están en boga. Porque en tu caso resulta decidir que, simultáneamente, hayas explorado diversos oficios, como estrategia de sobrevivencia o creatividad. Sabido es que, junto al interés por el teatro de que antes hablábamos, también has cultivado con entusiasmo tu condición de músico popular. Lo que primero puede haber sido nada más que un pasatiempo para los amigos, se ha ido convirtiendo en otra de tus facetas.

J.T. Mis relaciones con el teatro y la música han sido estrechas desde siempre. Mi madre fue una mujer muy perspicaz, dotada de un gran sentido de la observación. Habitaba en ella una



actriz. Mujer melodiosa, cantaba sin pretensiones, nos dio el canto a todos sus hijos. Además, como tú ya sabes, tengo una formación que tiene que ver con mi oficio de profesor, ese profesional medio enciclopédico que formó el sistema de Escuelas Normales en Chile. No ha sido difícil, pues, juntar, en la tradición trovadoresca si tú quieres, la poesía y la canción popular.

O.G. Me parece interesante el asunto, por eso me gustaría que ahondaras un poco más en las relaciones que podrían tal vez establecerse entre poesía y canto popular. En especial, el bolero y el tango.

J.T. Mira, ocurre que se tiende a olvidar que para las grandes masas la única forma "poética" de literatura, la han constituido las letras de las canciones populares. Al punto que ya nadie recuerda siquiera a sus autores, sino que a sus intérpretes. En muchos casos, las letras de estas canciones han alcanzado un nivel cumbre en su

medio... Estoy recordando unas diez a quince canciones -tangos y boleros, sobre todo- que se paran con mucha dignidad al lado de cualquier poema, analizados en su complejidad lingüística, en su despliegue de recursos literarios, en su belleza. (Canta una melodía de tango) "Cerráme el ventanal, que arrastra el sol / su lento caracol de sueños / no ves que vengo de un país / que está de olvido, siempre gris / tras el alcohol..."; "la vida es una herida absurda"... Mira tú, ¡qué tango!... O el caso de los boleros, los nombres de Consuelo Velásquez, Roberto Cantoral, Luis Demetrio, Agustín Lara, César Portillo de la Luz, se confunden con temas como "La barca", "El reloj", "Contigo en la distancia", "Noche de ronda". Cabrera Infante, con ironía, no con menos verdad, decía en un ensayo, a propósito de la música popular, que, para él, el poeta chileno a citar no era Huidobro, ni Neruda, sino que Lucho Gatica y argumentaba preguntándose (cito de memoria) "¿Acaso no descansa toda la tradición literaria de Occidente, en atribuir su primer poema, su primera novela y la fuente original de todo su teatro, al cantor y no al probable autor de *La Iliada* o *La Odisea*?".

O.G. No es casual, por lo que vemos, que hayas llegado a cantar boleros, considerando sobre todo que como espectáculo público, algunas veces el bolero puede ser más que un pretexto, una actividad que, en verdad, habría que leer entre líneas.

J.T. La verdad es que yo he llegado a cantar boleros, antes de que se pusieran de moda, antes de que se viviera este "revival" sospechosamente de moda, impuesto por la industria cultural. Tú sabes, la nostalgia, "según pasan los años", también es objeto de mercadería. El mercadeo de la nostalgia es un hecho causal, no casual.

Fíjate que en los años en que campeaba la dictadura, nosotros hicimos recitales de boleros, para juntarnos los amigos y compartir un espacio público sin tener que pedir permiso ni pasar por la censura, esto lo hacíamos en los mismos espacios oficiales

que la dictadura tenía. Claro que no faltó el paranoico que pensó, cuando yo cantaba "Contigo en la distancia", que éste era una canción que tenía que ver con el exilio. Bueno, en verdad, yo creo que lo es o que puede serlo, del otro exilio, claro... el dolor es el mismo, el dolor como el amor sólo cambia de rostro.

PALABRAS QUE NO SABES DE DONDE VINIERON A TU CALETRE

O.G. Me interesaría que ahora entráramos a una zona más esquivada, cual es la de la reflexión sobre la poesía. Me sigue pareciendo, más allá de la apuesta lúcida y de la conciencia poética de tus textos, que hay cierta voluntad por resituarse la poesía en una nueva relación con lo cotidiano. No sé que piensas tú de este problema, si es que es un problema en realidad.

J.T. Hay que preguntarse en primer lugar ¿y qué es lo cotidiano?. Lo cotidiano hoy en día está demasiado ligado a lo "doméstico". La palabra cotidiano ha perdido prestigio. Lo doméstico tiene un valor intrínseco en cuanto a la dinámica y la mecánica que te mueve a ejecutar actos absolutamente inevitables para sobrevivir. Para mí, la cotidianidad es la filosofía de lo doméstico; es la reflexión que tú haces de lo doméstico, de los espacios menores, de los espacios íntimos, de los espacios breves, que es donde la vida se verifica, sin rutilancia, sin la aparatosidad operática a la que nos tienen acostumbrados.

O.G. Estamos entrando al espacio de la reflexión acerca de la poesía, de lo poético, y más allá de las manidas definiciones existentes sobre el tema, pienso que es bueno ensayar una aproximación sobre esta materia desde tu posición de poeta.

J.T. Los hombres parecíamos necesitar de cierta parafernalia, de un cierto cuadro escenográfico en donde mover-

nos con seguridad, vano gesto, claro, que hacemos para creer, tener cierta certidumbre de nuestros actos, siempre erráticos, apadrinados por aquello que llamamos Razón y que yo quisiera advertir en la fe... en la fe hay misterio y no olvido, lo que decía García Lorca: *la poesía es el misterio que tienen las cosas.*

O.G. ¿Y cómo ves tú esa relación de la escritura con el lado sagrado de las cosas?

J.T. Bueno, no vayas a pensar que para mí la poesía es un sustituto de religión alguna. Sólo una vía de entrada al conocimiento, un camino de exploración mediante el lenguaje. Somos lo que hablamos; hablamos lo que somos. Por allí advertimos algunas verdades, todas provisorias, claro, que ayudan a seguir haciendo la apuesta sobre nuestro fin.

Dicho, de otra forma, la poesía para mí ha sido y es una manera, la única manera, tal vez, de aproximarse a ese insondable misterio que es la vida, no obstante, la precariedad del material de mi argamasa: las palabras.

O.G. Al parecer tu visión de la poesía se vincula más bien a una cierta profundidad posible de darse en la vida. No a la construcción y arreglo de las palabras. En esta misma línea, qué relación adviertes entre poesía y poema.

J.T. La poesía..., el cuerpo del poema, tiene una estructura genética, por así decirlo, en donde se ponen de acuerdo, entre otras complejidades, el azar y ciertas habilidades que el poeta ha ido adquiriendo en el "desempeño de la profesión". Las carencias de amor, dolor, culpa o sus excesos, van a dotar al poeta de sus materiales, quien los permeará con ese "humo de la boca", con su propio aliento soplando en las narices del lector para que el poema nazca.

Al igual que la música, la poesía es producto del silencio, viene de allí, está siempre allí, pero anda siempre en busca de sentido. Es un objeto amoroso: todo el afecto, toda la inteligencia, todo el amor, en definitiva, se pone en virtud de la arquitectura de ese cuerpo de palabras, que como objeto amoroso que es, viajará hacia la aventura de seducir, perturbar o causar repulsa a unos (in) ciertos y (des) prevenidos lectores.

Observo con atención lo que se ha dado en llamar *la crisis del lector* que no es sino también la crisis de la escritura. ¿Quién va a leer nuestros libros? Tengo claro que serán todos libros para el olvido. Los de mi generación, claro está. En favor de este argumento, miremos hacia atrás y veamos qué títulos y cuáles autores escapan a esa suerte de designio. Las capacidades de innovar también son limitada. Este es un fenómeno que depende de nuestra capacidad de olvido.

O.G. Otra pregunta, en esta línea, que me interesa ¿Qué importancia le asignas a la originalidad en la escritura y cómo reaccionas tú mismo frente a los cambios en el horizonte literario?

J.T. La búsqueda de lo original ha traído muchos equívocos. La moda ha perdido de ruta a muchos escritores de talento. Oscar Wilde definía la moda con las siguientes palabras: *esa detestable costumbre humana; tan detestable que es necesaria cambiarla cada seis meses...* De otro lado, ¿qué es lo original entonces? Recuerdo las palabras de un aforista checo que se preguntaba "¿Qué es el plagio?, antes no se conocía esa palabra: se tomaba libremente de aquí, de acá, o de acullá, y después se devolvía todo como literatura". Se recrea, más allá o más acá de una estética vigente; más allá o más acá de la sensibilidad de una época, más afuera o más adentro del espíritu de un tiempo histórico determinado.

DE VARIA LITERATURA

O.G. Por otro lado, me gustaría que abordáramos, de manera más o menos amplia, temas de "varia literatura", en los cuales tienes el derecho, si lo deseas, a no responder. Apuntemos primero, dada tu condición de hombre de teatro, ¿cómo es tu relación con esta actividad y cómo ves la situación del teatro hoy día?

J.T. Del teatro debo decir que he sido un amante fiel. Pese a la indiferencia y al anémico desarrollo que hemos logrado en la provincia, algo hemos hecho. Por cierto vivimos un tremendo desfase con lo efectuado en Santiago. No estamos ajenos al estado de agonía que el teatro viene mostrando hace algunas décadas por la falta de apoyo institucional y por la competencia que ha significado la TV. La pérdida de espectadores para el teatro es evidente. Cada día el teatro es más elitista y sospecho que un arte en extinción. Este fenómeno va aparejado con la propia muerte del autor teatral, el dramaturgo. Los primeros signos de esa decadencia fueron los llamados montajes de *creación colectiva*, en donde lo actoral estuvo por sobre el texto dramático, el efectismo por sobre lo teatral.

O.G. Hasta el momento no se conocen textos narrativos tuyos, pero sé, si he de dar crédito a los comentarios, que a fines de la década del 60 participaste en el Grupo Murciélagos que era de narrativa. Pero no te menciono esto para seguir alimentando la nostalgia, sino para que me des tu visión sobre la narrativa chilena actual. Importante en la medida en que cada cierto tiempo se vuelve a hablar de una emergencia de esta manifestación en el país.

J.T. La narrativa chilena actual me parece un fenómeno interesante. Sospecho que la cantidad de lectores de novelas no debe ser más amplia (proporcionalmente) que la de lectores de

poesía. Tengo la sensación que los narradores deben sentir una cierta sensación de vacío después de haber sido editados por alguna editorial de “renombre”, por quedar librados a la suerte y a las estrategias del marketing que, como sabemos, no conoce de las palabras piedad ni misericordia. Los poetas, en cambio, sabemos de la fidelidad de nuestros escasos lectores y no estamos “obligados” por editorial alguna a escribir un eventual libro que sea “tragado” por consumidores ansiosos, a crear una literatura que actúe como detonante de las fantasías que previamente les regala la TV, o a satisfacer el “imaginario” de tal o cual segmento social con poder comprador. Pero está bien que así sea, en una de esas aparecen o se consolida el o los novelistas que se esperan. Vendrá..., vendrá..., se vislumbran huellas...

O.G. Y ¿cuál es tu visión en relación a poesía chilena del último tiempo?

J.T. Hay un espacio plural en la poesía chilena. Allí cabemos todos. Siento, no sin alivio, que nadie ha de pagar peaje para transitar por los caminos de la República de las Letras. Esa práctica ha ido quedando rezagada y las promociones actuales de escritores la han repudiado, no en manifiestos, sino con hechos. Me parece bien que Neruda guarde discreto silencio para que comience a hablar Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, que se rescate a Huidobro, a de Rokha.

O.G. Un elemento que no has mencionado, dentro de tu reflexión, es la situación de la llamada antipoesía. Durante muchos años, la figura de Nicanor Parra ha sido una especie de imagen tutelar para sucesivas promociones de poetas que han establecido su lenguaje desde Parra o contra Parra. Cómo adviertes tú este elemento en la actualidad.

J.T. Parra tal vez haya durado demasiado en la escena de la literatura chilena y francamente lo veo sobreactuando. Es verdad

que abrió muchas puertas, pero también las cerró. Como todos los interesados sabemos, *el escribir como se habla* ayudó a desacralizar cierta retórica que campeaba por la poesía chilena, pero no cabe duda que no ha sido suficiente para sostenerse como propuesta duradera.

O.G. ¿Cómo ves, por otra parte, el tema de las relaciones entre la literatura y el poder hoy en día?

J.T. Política y poesía tienen mucho en común en su sociología. Hay algunos símiles: la política ha servido como acceso para el escalamiento de arribistas y trepadores sociales. Algunos ilusos piensan que, en el ámbito de la poesía, se puede profitar de la "aureola" de prestigio con que la sociedad "destaca" a los poetas. Algunos logran este cometido y otros se conforman con menos, pero "sobreviven" en ese espacio. En ambas actividades, sólo es necesario manifestar deseos y no mostrar mayor cultura de la literatura. Basta leer la inmensa cantidad de libros de "poesía" publicados en los últimos años en el país para percatarse de esta verdadera perversión grafomaníaca.

O.G. Lo dices a propósito de que a veces los individuos más inesperados suelen perpetuar libros de poemas. Es un espacio, en este sentido, de una libertad extraordinaria, aunque todos sabemos que en realidad no se trata sino de una apariencia.

J.T. Bueno, tenemos profesionales de toda índole publicando una literatura tan naif como pretenciosa, tan inconsistente como torpe y roma. Hay todo un amplio espectro de "poetas" que están en la creencia de que dejar anotados unos versos es escribir poesía. De pronto se puso de moda "ser" poeta y "ejercer" como tal. Estamos en la misma categoría de un terapeuta mental, un cantante "rapero", un quiromántico o un vendedor de yerbas medicinales o lo que es peor: todo esto y más, pero ¡juntos!. Debo suponer que esta

mezcolanza es el resabio de la "filosofía" New-Age y que yo definitivamente envejezco.

O.G. Vamos a otro asunto. A más de alguno ha llamado la atención que los poetas, más allá de las dificultades, se hayan ido creando un espacio de producción literaria que es, al mismo tiempo, literario, editorial y crítico.

J.T. Creo que el período de "emergencia" que vivimos durante la dictadura militar nos enseñó a todos los habitantes del país y a los escritores, en particular, varios oficios. Algunos, no precisamente para ganarnos la vida. En mi caso, como en el de otros escritores, hubimos de aprender a hacer nuestros propios libros y a combatir la indiferencia de la industria editorial por nuestros escritores, que dicho sea de paso, nunca tuvo mejor disposición. Aunque hubiésemos ganado algún concurso nacional de cierto prestigio, ninguna editorial iba a publicarnos. La poesía en Chile ha sido la única y real *empresa privada*. Naturalmente con ella nadie ha pretendido que rinda réditos económicos, pero todos, cual más cual menos, hemos publicado con esfuerzo personal, dejando a la cultura de nuestra época una cantidad apreciable de buena poesía.

O.G. Para ir terminando, pues ya te hemos agotado bastante, me gustaría escuchar tu opinión sobre el trabajo del escritor que, a la vez, actúa como editor de sus contemporáneos. En el último tiempo, hemos visto cómo tú mismo has emprendido el trabajo de editor de una serie de textos de poesía y ensayo, bajo el sello "Barba de palo". ¿Cómo se produce esa nueva dimensión de trabajo y que significación le asignas?

J.T. Yo he llegado al trabajo de editor para seguir dando continuidad y posibilidades a aquellos escritores jóvenes, especialmente poetas, que han comenzado a distinguirse en este ámbito. Hacia allí está orientado mi trabajo como editor: hacer libros

estética y literariamente solventes que se inscriban en la tradición literaria chilena con decoro. El trabajo editorial me ha permitido además, leer mucho de lo que está en proceso de escritura. De alguna manera, se ejerce allí un oficio ligado a la crítica, pues se está dando el consejo de la experiencia, desbrozando, sesgando y ayudando a separar la cizaña del trigo, que es en último término la tarea que un editor debe hacer siempre. Se debe evitar la proliferación de libros ambiciosos, inútiles, destemplados.

Insisto, en este sentido: hay que desalentar a los jóvenes a publicar libros inoficiosos, plagados de una subjetividad interesante pero desmañada, sin estilo, expresión de sentimientos insulsos que no tienen relación con la poesía, harta de lugares comunes. La escritura es un proceso delicado que requiere extremada madurez y ojo avizor.